



REUNIÓN LACANOAMERICANA DE PSICOANÁLISIS
RÍO DE JANEIRO, BRASIL, 2017

DIMENSIÓN DE LA VERDAD EN LA PRÁCTICA DEL ANÁLISIS

Clara Zylbersztajn

“Lo que se espera de un psicoanalista es que haga
funcionar su saber como termino de verdad, precisamente
por eso es por lo que se encierra en un medio
decir” 14/1/1970

El concepto de verdad es en Lacan, una suerte de exigencia en la operación para dar cuenta de la experiencia. Ubica en el acto enunciativo del cogito la condición de posibilidad del origen del psicoanálisis.

Descartes con sus cogitaciones crea un orden del discurso que inaugura la ciencia moderna, donde el movimiento del saber es puesto en juego en relación a la verdad, a modo de una caída de los saberes precedentes y descentración de sus principios.

Dios está planteado como garante de las verdades eternas, al endosarle a Dios la carga de garantizar la verdad última del saber, inaugura las bases de la partida de la ciencia y al hombre le deja su humilde saber, siempre de carácter revisable, contingente y refutable. En este sentido, la ciencia avanza “chocando con la verdad”. Al plantear que las verdades eternas dependen de Dios, la ciencia puede progresar como acumulación de saber,

“sin cargarse con sus fundamentos de verdad” hay forclusión de la verdad como causa. “La ciencia y la verdad”.

El movimiento de descentración que el psicoanálisis produce hace un paso en el saber, donde el saber de la ciencia se separa de la verdad revelada de la religión y abre un nuevo espacio y tiempo respecto de los saberes.

La razón freudiana descubre una verdad que habla y se despliega en el síntoma. Subversión del sujeto que introduce el discurso del psicoanálisis “sujeto subvertido” en el orden del deseo y subversión del mismo respecto al saber, saber que no se sabe, no sabe lo que sabe.

El enunciado *“la verdad tiene estructura de ficción”* no tiene nada de escandaloso y ya era admitido en la Edad Media, Tomas de Aquino afirmaba que lejos de ser una mentira, por el contrario debía considerarse una *“figura veritatis”* sin la cual según su argumentación todo lo que los santos y sabios afirmaban debía considerarse mendaz.

Este enunciado es retomado tempranamente por Lacan, quien lee en sus *“Intervenciones sobre la transferencia”* las observaciones sobre Dora y particularmente los distintos momentos de la transferencia en términos de inversiones dialécticas que producen diferentes desarrollos de verdad.

Hay una relación a la verdad y a su modo de ficcionalizarla. Freud constituye un relato del que extrae la clave de la verdad, verdad que se enlaza a un deseo reprimido, inseparable de los efectos del lenguaje como tal. Ejemplo de ello son los sueños, los lapsus y las formaciones del inconsciente.

Es porque la verdad no puede captar lo que la funda y no existe lo verdadero de lo verdadero que revela una radical inadecuación entre la palabra y la cosa, entre la palabra y aquello de lo que se habla.

Lacan nos enseñó, señalado y transmitido por Norberto Ferreyra, que *“si en psicoanálisis no existiese la dimensión de la verdad, todo sería sugestión, es una afirmación fuerte que no da cuenta de dónde está y de qué modo se presenta”*.

En el dispositivo del análisis hay una caja de resonancia que es la transferencia, siempre y cuando lo que esté en juego sea la dimensión de la verdad.

En esa función de la transferencia que se llama Sujeto supuesto Saber, el analista no es depositario de la verdad, la verdad no se le supone, sin embargo es necesario que el analista que esté en el discurso, no sea sin tener en cuenta esta dimensión de la verdad que no sólo tiene la dimensión del medio decir sino además es imposible de suponer.

Para que el análisis sea posible es fundamental la existencia de un lugar lógico dónde el saber de la lengua que todos compartimos, le pueda ser supuesto a alguien, un sujeto, saber acerca del goce, de cómo se goza. Pero hay algo que no se le supone y es la verdad.

El analista no es garante de la verdad, es garante de la palabra. La verdad está del lado del que habla, del insabido del sabido. El síntoma tal como se presenta, tiene un valor de goce al cual se anuda una verdad determinada. Hay una relación entre el valor de goce que se juega en el síntoma y la verdad. La verdad toma su valor, ya que la verdad de por sí, podría ser sin valor, el valor no le es propio sino del que proviene del valor de goce que hay en el síntoma con respecto a esa verdad.

El semblante hace legible el síntoma en su función de “mentira verdadera”, despejando el valor de goce que el síntoma tiene para ese sujeto, del goce que se pone en juego en lo que se dice.

No hay interpretación sin la función del semblante, esta función vehiculiza la verdad a la cual está hermanada y pone un límite al goce.

Es en esta orientación que me serviré del testimonio de una paciente de Freud, Hilda Doolittle, novelista y poetisa norteamericana, autora del libro *Escrito sobre la pared* quien se analizó con Freud, en dos períodos, así lo llama, en 1933 y en 1934.

Corría el año 1933 y negros presagios anunciaban la ruptura de la frágil estabilidad política europea, es en esa circunstancia que se traslada a Viena.

Recortaré las dos famosas intervenciones de Freud: el golpe en el brazo del diván y *“el problema es que yo soy un hombre viejo y Ud. no cree que valga la pena amarme”*

En el primer capítulo de su *Tributo a Freud* escribe: *“No sabía que lo había enojado súbitamente...me volví y salí del diván. El mismo Profesor es bastante poco ortodoxo, está golpeando con el puño en la cabecera del antiguo sofá de crin, que ha oído más secretos que el confesionario de cualquier padre confesor católico en sus días de apogeo...conscientemente no advertí haber dicho nada que pudiera explicar la explosión del Profesor. El impacto de esas palabras fue demasiado terrible, no sentí nada, no dije nada ¿Qué esperaba él que yo dijera? Era como si el Ser Supremo hubiera golpeado con el puño...”*

H.D en una sesión posterior escribe: *“El Profesor comenta: estuve pensando en lo que me dijo, que no vale la pena amar a un anciano de setenta y siete años. Yo no había afirmado tal cosa y así se lo dije. Sonrío con su irónica sonrisa oblicua. Aclaré, no dije que no valía la pena, dije que lo temía”*

En ese capítulo, seguidamente hay una detallada descripción del estudio del padre de Hilda, punto a punto en similitud con el consultorio de Freud: los libros, el diván, la estufa de porcelana pero sobre todo el olor a cuero y el crujido de leña al fuego.

Más adelante: *“Dijo que por ciertos signos veía que yo no quería ser analizada. Hoy estoy enferma, desalentada...supongo que debería hablar del accidente de mi padre y del descubrimiento de esa impresión olvidada hace tiempo....sí, es verdad, él debe ver mi conflicto, cómo puedo referirle mi constante presagio de desastre? Es preferible tener un análisis fracasado que sacar a la luz mi temor... No puedo ser defraudada por Freud pero tengo esta obsesión constante de que el análisis será interrumpido por la muerte. No puedo explicarle esto al Profesor”*.

Hasta aquí el testimonio.

Es por el golpe y por la intervención de Freud implicándola en el análisis y la secuencia del recuerdo del padre, que el trauma se hace actual. El lugar de resto referido a la invalidez del padre es el objeto que allí se produce por

el semblante de Freud: el anciano terrible y atemorizador, demasiado viejo y demasiado famoso no es el padre “*pálido como la cera, un fantasma*”.

La interpretación no descubre la verdad, la desencadena. Opera como causa y recoge en ese punto el deseo de muerte, esa interpretación no va sin el semblante: el golpe del sillón, la manera de decirlo.

Semblante es ese dejarse hacer como agente en el discurso del analista va hacia lo real y en la práctica del análisis, por la función del deseo del analista orienta la dirección de la cura y vehiculiza la articulación del deseo a la verdad.

Freud sale del lugar de muerto, y es en ese sentido, que por lo que escucha por lo que luego dice.

El análisis es el campo privilegiado dónde “*la verdad está escondida pero no ausente*” no es fácilmente accesible, como ciertos pájaros hay que ponerle sal a la cola. Es para nosotros una extraña, está con nosotros pero sin que nos concierne tanto como suele decirse. Es sin duda, inseparable de los efectos del discurso, de los efectos del lenguaje y es en el retorno de la verdad en las fallas del saber, que constituye el síntoma.

Se hace necesario entrar en el aparato del discurso, apalabrarse con este aparato, dónde el saber es cosa dicha y la verdad se constituye al hablar.

Verdad que únicamente es accesible a un medio decir, que no puede decirse por completo porque más allá de esta mitad no hay nada que decir, no se puede hablar de lo indecible. Este medio decir indica cómo hay que acentuar lo que corresponde a la interpretación: enunciación sin enunciado y como enunciado con enunciación en reserva.

“*que se diga*” para que sea posible una enunciación, que es portadora de una significación suplementaria: la de la carga de real que bordea la verdad por el hecho de que es imposible decirlo toda.

Para terminar:

Verdad que retorna en el síntoma, en la falla del saber, a mediodecir del inconsciente en el relato de una princesa de Cleves, presa de una mordaza infernal, en la verdad que se escucha gritar maldecida, maldicha y a cielo

abierto en el delirio, en los oráculos de la angustia, en los disfraces de la perversión.

Bibliografía:

Lacan, Jacques: El reverso del psicoanálisis. Seminario XVII

Lacan, Jacques: La ciencia y la verdad. Escritos II

Lacan, Jacques: De un discurso que no fuera del semblante. Seminario XVIII

Ferreyra, Norberto: La experiencia del análisis.

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.